

A PACIENCIA ONTAÑÓN, *IN MEMORIAM*

HÉCTOR SANTIESTEBAN

Universidad de Baja California Sur

“nuestras vidas son los ríos...”

Me parece recordar que la primera clase que recibí cuando entré a estudiar la licenciatura en Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras fue la clase de la doctora Paciencia Ontañón. Acaso no fue así exactamente, pero así lo recuerdo yo.

También recuerdo que fue alguna de sus enseñanzas la que comenté —o presumí— con los amigos que no estudiaban mi carrera. Y recuerdo también que redescubrí a Jorge Manrique. Nunca pensé que fuera a citar o a recordar esa lección un día como el de hoy, cuando ella ha llegado a la mar, a la que llegan los ríos de nuestras vidas. Me cuesta trabajo escribir cuando tantos recuerdos se agolpan, anudan y atorán en la memoria.

Por el contrario, cuento con la enorme ayuda de su diáfano recuerdo y la estampa que dejó en la memoria: el salón estaba encendido —el turno era el vespertino— y nosotros algo nerviosos por nuestro primer día de clases en la universidad. Hay momentos significativos en la vida y sin duda ese es uno. Al frente, apoyada en el escritorio, estaba ella. Nos daría el curso de *Corrientes generales de la literatura hispánica*. Creo que ése era el título, aunque siempre le llamábamos sólo *Corrientes*, lo cual no deja de ser irónico, pues se trataba de un curso muy fino; de una clase con mucha clase.

Lo primero que se veía, lo primero que se recuerda, era su porte. Su presencia era radiante. Inmaculada, sin una

sola arruga en el vestido; las que tenía en la cara las llevaba con orgullo y elegancia. Más que a nadie le venían los versos de Nervo a la medida: “más que muchas princesas, princesa parecía”. Con el tiempo fue añadiendo cada vez más arrugas a una sincera sonrisa que adornaba su rostro y que nunca la abandonó. También recuerdo que su letra era algo fea, cosa que me alivió de sentirme algo acoplejado por tener yo una parecida. Con esto quiero decir también que no engrandezco —ni lo pretendo— sus virtudes, suficientemente cabales por sí mismas.

Ese primer curso, esa profesora en particular, fue conformando mi profesión junto con mi vocación. Su oportuno consejo me ayudó varias veces y su ejemplo lo hizo algunas más.

No pretendo, aunque bien podría, tratar ahora de reseñar su abundante y profunda obra escrita. Algo más raro es poder escribir sobre la enseñanza transformadora en el contacto cordial y amistoso.

Quisiera llamar la atención sobre sus convicciones de pertenencia nacional. Tanto ella como su marido, el doctor Juan Miguel Lope Blanch, tenían como propia la nación que escogieron para vivir y trabajar: México. A pesar de un acento un tanto peninsular —aunque con dejos mexicanos— por el que muchos —y más con nuestras formaciones y deformaciones profesionales— pensaban que eran españoles, ellos defendían su mexicanidad e incluso combatían más férreamente cuando notaban cierto tufo neocolonialista en las concepciones lingüísticas o literarias de los colegas españoles. Si oían algo fuera de lugar en ese sentido, lo refutaban vigorosamente con la seguridad que dan los estudios y con la vehemencia que otorga el amor a la tierra. Fue muy emotivo cuando en una clase, don Juan Miguel refirió, de pasada, que era mexicano; muchos en el salón sonreímos y otros disintieron espontáneamente. Con los ojos conmovidos nos replicó: “tal vez todavía no soy mexicano, pero español ya no soy”. Después de oír eso —e incluso al acordarme de ello— quien tiene los ojos conmovidos soy yo.

Tal vez no sea ahora el lugar de referirlas, pero ya no tendré oportunidad de darle las gracias a Paciencia por las veces que me defendió, recriminando con cariño y garbo a su esposo cuando me jugaba una broma en público, que fueron muy escasas, muy graciosas y más me halagaron el orgullo (por saber que no con todos las gastaba) que me ofendieron de manera alguna y me alegran ahora el alma. Todavía la oigo decir: “¡Juan!”

A la manera de los grandes maestros de la Antigüedad, las enseñanzas verdaderamente trascendentales y reveladoras se dan a través de una plática, de una parábola, de un ejemplo, de una acción. Los griegos cultivaron los diálogos que nuestra cultura moderna parece haber descuidado tanto, y los maestros zen por medio de algún aforismo revelan de pronto una verdad del mundo. Por ello quiero ejemplificar unas cuantas de estas anécdotas que me conmovieron y me convencieron a la vez puesto que, como muchos sabrán, Paciencia Ontañón era doctora en Letras Hispánicas, pero algunos desconocen que era también doctora en psicología; conocía la psique, el alma humana, de manera profesional y aun personal.

Me refirió que en un viaje largo —acaso al París de su agrado— dejó olvidada una bolsa con joyas en el avión. Algunas de esas joyas habrían sido diseñadas por su esposo. Cuando se dieron cuenta regresaron como pudieron al avión y revisaron y buscaron, pero no encontraron nada. “Habrás quedado enojada, rabiosa o deprimida durante el resto del viaje”, le comenté. “Nada de eso, Héctor. No dejé que eso enturbiara mi viaje. Ya había perdido unas joyas bonitas y queridas como para perder además unas vacaciones”. Verdad de peso. Con esa lógica tan directa me franqueó el alma y resolví —y resolví resolver— algunos problemas irresueltos o por resolver, por lo que suelo citarla para calmar la animosidad propia o ajena que parece proyectarse más allá de lo estrictamente necesario. Esa solución inteligente, sencilla, demuestra un sosegado autocontrol que en ocasiones huye de nosotros. En cierta medida su felicidad era producto de su voluntad.

En cierta ocasión hubo de visitarme a mi tierra de adopción: Baja California Sur. He de decir que no conocía yo tan bien en ese entonces a Paciencia, sobre todo respecto a sus hábitos y creencias más personales. Tenía yo la costumbre de ir a una playa desierta de singular belleza con una dotación de cerveza obscura y de unos camarones preparados, ahora desaparecidos, que hoy por hoy añoro por su tamaño, sabor y generosidad. Decidí invitarla a la expedición. Parecíame a mí que doña Paciencia, tan menuda y elegante siempre vería con malos ojos que me excediera yo en la compra y consiguiente ingesta de cerveza; también juzgué inoportuno comprar más de un kilo de camarón para dos personas, es decir, para un servidor y nuestra querida y menuda profesora, de quien dudaba que fuera a comer, fuese por etiqueta, costumbre o inapetencia más allá de una breve porción de aquellos camarones.

El trayecto fue algo tortuoso, como todo trayecto es en estas tierras alejadas, si no de dios, de casi todo lo demás. El destino era la playa, y el marco, unos cerros rojos apagados que con el calor congeniaba el color haciendo difícil saber si la piedra y su tono eran causa o consecuencia de la brasa comunal que era todo aquello. Yo preocupado le preguntaba si no le molestaba tanto sol inclemente y tanto calor cerrero, y ella, por el contrario, no hacía sino encomiarlo. A lo lejos los montes parecen salidos de Marte, desprovistos de señales de vida de no ser por las legiones de cardones altos, espinosos y callados que los habitan con una inmovilidad engañosa. Le llamaba yo la atención sobre el oxímoron del mar en el desierto y sonreíamos los dos con la complicidad que da el hecho de ser colegas descontextualizados —aun siendo de letras—, como correligionarios u obispos *in partibus*.

Ya fuera de la carretera, y a plena brecha, la camioneta se balanceaba intempestivamente cubriendo el camino de tierra y arena; siempre se las arreglaba para jalonear los cuerpos académicos reducidos a pacientes fardos sufridores. De nuevo preocupado por lo delicado de su constitución le

preguntaba y volvía a recibir la misma respuesta: que estaba muy bien. Que ella llevaba muy bien el calor y camino.

Una vez que llegaron la oí ponderar la belleza del entorno y felicitar me por la elección tanto de la playa como del enclave general del Estado. Se dispuso lo que podríamos denominar la mesa: un rudimentario mantel —y tomamos posesión de nuestro temporal pie de playa—. Después de un merecido brindis aparecieron los camarones —que recibieron un encomio menos poético que la playa, pero no por ello menos vigoroso—. Uno a uno fuimos dando cuenta de ellos y en ningún momento me fue a la zaga. Acabáronse los crustáceos, pero no con ellos el gusto. “Debí haber comprado otro medio kilito al menos”, dije; ella afirmó muy segura que sí, que “así debió ser”. Palabras muy similares pronuncié cuando se acabó la última de las contadas cervezas que llevaba y la misma respuesta, poco más o menos fue la que asintió Paciencia. Al final lamenté no haber llevado más de todo. En esa ocasión comprobé que la sencillez no está reñida con la elegancia, y que la frugalidad y la sobriedad no deben exagerarse. Ella aprovechó cada rayo de un sol inclemente —ataviada con un jovial bikini que llevaba con el mismo garbo y sencillez que sus elegantes vestidos— y luego nadó en el calmo mar.

De ahí que me confunda tanto la noticia de su muerte, puesto que era ella la vida andando y nadando. Se movía tan bien tanto en la playa desierta de Baja California Sur, como en buenos restaurantes en París, en donde coincidimos en un congreso no hace mucho.

También me queda en la memoria su amor a los animales. Había siempre dos perros en casa, uno pequeño, Filippo, terrier escocés; y uno grande, airedale terrier de nombre Argos, o su sucesor, Clipper. Recuerdo también el regalo de don Juan Miguel: una guacamaya preciosa y multicolor que regenteaba una enorme jaula, muy dueña de sí y de sus alrededores. Y unos canarios que le había yo regalado porque estaban tristes y exánimes conmigo y que con Paciencia no sólo mejoraron el talante sino que su número se acrecentó

bíblicamente. Ahora que lo menciono, es en ese libro donde encuentro la mejor metáfora de su casa: un arca de Noé bien seleccionada.

También las plantas eran muchas, aun cuando los perros las menguaban. A pesar de tantas patas las matas campeaban sufridas y orgullosas, de manera que podría decirse que un pequeño parque recibía al visitante. Ya dentro de la casa, se adivinaban los gatos en el calorcito que dejan en las salas, además de que el tapiz de algunos muebles denunciaba que había sido designado afila-garras por algún travieso felino.

En una ocasión pude visitar su taller de encuadernación en lo más alto de la casa. Me dio improvisadamente una lección rápida de encuadernación y yo quedé admirado de que tuviera tiempo para encuadernar. Si a eso sumamos la irrenunciable clase de ballet y las salidas con amistades, además de las terapias psicoanalíticas que brindaba en las mañanas, las clases en la Facultad de Filosofía y Letras en las tardes y las innumerables tesis dirigidas, salpimentado todo ello con sus viajes tanto de trabajo como de placer, y sin olvidar sus investigaciones tan variadas como numerosas, uno no se explica cómo es que a ella sí le alcanzaba el tiempo para todo.

La doctora Paciencia Ontañón de Lope, “Pache” para algunos amigos, fue de una importancia trascendental para muchos alumnos. Supe de un profesor que hacía preguntas variadas a los estudiantes y una de ellas era algo así como: “¿qué profesor es tu modelo; como quién te gustaría ser?” Un buen número escogía por modelo a doña Paciencia. Aun cuando estas líneas son un sentido recuerdo, quisieran expresar un enorme y a la vez insuficiente agradecimiento por lo mucho que recibí —que recibimos— de ella.